

en aquellos tiempos á la persona imperial se le tenia en alto honor, el empleado pidió al Emperador le regalase la capa blanca de seda que colgaba de sus hombros.

La próxima isla es la de San Andres es fria y esteril. Sus unicos habitantes eran unos cuantos monjes de un pequeño convento. Sin embargo, esta isla es celebre por un acontecimiento palpitante que tuvo lugar allí.

Un jóven monje de alto rango, que vivia en este monasterio, era amado en extremo por una aldeana que residia en la tierra principal de Val di Noce. Todas las noches nadaba la doncella á traves del ancho estrecho hasta un punto, el cual le iluminaba el jóven monje, mediante una lámpara. Los hermanos de la doncella supieron de estos encuentros, y una noche cuando su hermana iba á visitar á su amante, se adelantaron en un bote. Tampronto como oyeron el ruido hecho por la nadadora al cortar las aguas, encendieron luz. La doncella siguió la luz, diriendose á ella con rapidez y ansiedad. Los crueles hermanos se fueron mas y mas lejos, su hermana siguiendo siempre los engañosos rayos, hasta que al fin exhausta hasta la muerte se hundió en las aguas. Cuando están visibles los rayos del sol poniente y ve uno las melancolicas cercanias, con el tran-

quilo y azulado mar en su rededor, el recuerdo de esta historia lo llena á uno de tristeza.

Canossa, es la residencia de campo de un noble de Ragnsa. Nos subimos por una vereda muy inclinada y peñascosa hasta la entrada del jardin. Aquí, otra vez reinaba la abundancia meridional en su mayor extension. Espesas calles de laurel y árboles entrelazados por entre bosques de olivos verde oscuros. Largos terrados, fabricados sobre los escarpados peñascos, se prolongaban hácia el mar, y la hermosa y serpeante viña tejia sus ramas por todas partes. La naturaleza parecia aún mas floreciente con el opaco crepúsculo.

Estábamos andando por las florestas con silenciosa admiracion, cuando de repente hicimos alto, mudos de sorpresa. Ante nosotros se hallaba el roble que jamas habiamos visto. El cimétrico tronco de este árbol gigantesco parecia estar casi tocando al cielo. La parte mas baja del tallo estaba desembarazado de ramas á una altura considerable, comenzaban estas á desprenderse á un grado tan vasto que formaban una especie de techado á los árboles que le rodeaban.

Se dice aquí que este roble solo tiene ciento cincuenta años. Su rico y verde follaje, por lo tanto,

tiene que ser la delicia de generaciones por nacer; es decir, si hemos de creer el dicho relativo al encino, que afirma que necesita cien años para crecer, cien para florecer y cien para decaer. Este portentoso árbol de Canossa, está, por consiguiente, aún en la flor de su edad, en estado de aguantar las tempestades de muchos inviernos. ¡Ojalá y en Alemania tuviéramos sus iguales!

A esto, dirigimos nuestra atención á un tazón de piedra decorado con una estatua de Neptuno. Esta fuente, que en un tiempo encantó al rico noble que era dueño del lugar, no existe ya mas para sus descendientes heridos por la pobreza. El edificio de piedra de la antigua grandeza, se convierte en ruínas. Pero esta misma decadencia aumentaba la pintoresca melancolia del lugar. Plantas de todas clases crecían por entre las hendiduras de las paredes, y una cadena de la siempre verde yedra, se entrelazaba entre las piedras que se estaban desmoronando hasta enroscarse en los marchitos miembros del Dios del agua. El gusto que tiene la naturaleza en exceder al arte, parecia estar patente por el salvaje, mas sin embargo, encantador desorden que habia al rededor de esta fuente. Tal vez en la tranquila tarde las hojas del granado y del mirto se contaban en voz baja las leyendas de esplendores pasados, cuando

los senadores reinaban aún con autoridad suprema por la tierra.

No lejos de este poético sitio, crecían los célebres portentos del país—los platanares de Canossa. Son los dos árboles mas gigantescos de la Europa. Sus enormes y umbrías ramas forman una especie de dosel bajo del cual se dice haber acampado todo un regimiento austriaco en una ocasión. Tomando en consideración su enorme altura, son aún muy jóvenes, pues no tienen arriba de ciento cincuenta años. La circunferencia del mas viejo es la de veintisiete pies, y la del mas joven, treinta. Cada una de las ramas principales, es tan gruesa como un árbol de buen tamaño. Dos de las ramas han crecido unidas. La corteza del tronco es tersa y robusta, y no podíamos encontrarle huella alguna de vejez. El platanar es siempre un árbol hermoso: ¡se veían magníficos en sus gigantescas dimensiones.

Cuando salimos del jardín para regresar al buque, era ya de noche; el azul brillante del cielo se habia anublado repentinamente por negras nubes. Durante la noche, nos dirigimos rumbo á la isla de Curzola; y al despertar por la mañana nos encontramos frente á la pequeña población que toma su nombre de la isla. El tiempo estaba oscuro y lluvioso, y no muy á propósito para

enseñar ningun país ventajosamente, mucho menos los estériles suburbios de una poblacion.

Despues de almorzar, remanemos á tierra. Aquí tambien nos encontramos con todo fabricado al estilo Veneciano—preciosos balconcitos, arcos moriscos con elegantes decoraciones, dando un encanto irresistible á las casas de los ciudadanos de la clase media. Nuestros antepasados comprendian este arte. El hombre mas pobre hacia el exterior de su casa pintoresca, y el interior, muy cómodo; miéntras que ahora, con el presente estilo de arquitectura, aun los palacios son frios, desagradables é inhabitables. El ojo de la hermosa se deleita en descansar su mirada en serpientes galerías, arcos curvos, y aborrece las líneas rectas y las paredes desnudas. Prefiero muchísimo las casas al estilo Aleman antiguo, con sus miradores y sus torres, ó el palacio Veneciano, con sus arcos y balcones, á los blanqueados edificios del siglo diez y nueve, que parecen cuarteles, trayéndole á uno á la memoria forzosamente las casas de muñecas. La poesia murió ya, destrozada en estos tiempos de especulacion y de cuidados domésticos.

La catedral de Curzola merece la pena de verse. Cuando entramos, un músico patriótico estaba tocando la marcha Radetzky para darnos la

bienvenida. Sonaba de un modo peculiar en el órgano dentro de ese sagrado recinto; pero me gusta ese último himno del difunto Strauss, aquí como en todas partes. El interior del templo era sombrío, pero venerable. En una capilla de un costado, oculto tras unas columnas, nos enseñaron un hermoso cuadro del Ticioano. Admiramos el tono fuerte del colorido y la grande composicion de este gran artista.

Al pasar por las angostas y tristes calles, echamos de ver en la puerta de un palacio arruinado un magnífico aldabon de metal de Corinto, representando á Neptuno con sus caballos de mar. El trabajo de este era ricamente hermoso, y á nosotros los "connoisseurs" nos llamo tanto la atencion, que hicimos uso de este instrumento con el fin de investigar si álguien habitaba esta mansion desierta, y dado el caso, excitarlos é inducirlos á que prestasen oido á nuestras ofertas de compra.

Ningun espíritu obsequioso se nos presentó al primer toquido del aldabon, que produjo un sonido musical. Hasta que empezamos á tocar mas recio, hasta entónces vimos abrirse la antigua puerta, y una bruja de aspecto benévolo, acompañada de un ciego, se apareció á la entrada.

Parecian sumamente sorprendidos de nuestro modo intruso, pues probablemente hacia ya mu-

cho tiempo que este viejecito y su ama de llaves no habian recibido visitas. Alabamos al Neptuno, lo que parecia encantarles; mas, sin embargo, cuando les preguntamos sobre el precio, el viejecito se hizo el sordo. Nos aseguró que un inglés le habia ofrecido tanta plata cuanto de peso tuviese el aldabon. Esto en un tanto nos alarmó, y por consiguiente nos despedimos precipitadamente y abandonamos la poblacion.

Cuando llegamos á los diques, les encontramos repletos, con un gran número de excelentes buques; estos son los que dan al lugar su importancia. Los materiales son traídos de Herzegovina, y del Valle de la Naventa. La riqueza de los Dalmacianos siempre está á flote, y hacen guerra constante al incansable mar. El suelo patrio, siendo tan infecundo y peñascoso, la necesidad les obliga á buscar fortuna por agua.

Despues de esto, regresamos á nuestro buque, y dirigimos nuestro curso á la península Sabioncella. El mar se habia alborotado mas; y por consiguiente, la mayor parte de nuestra comitiva no se inclinaba á descender al pequeño bote (que se bamboleaba) é ir á visitar la costa. El conde C., el profesor G. y yo, únicamente, desafiarnos las agitadas olas, y remamos á tierra en medio de un chubasco espantoso.

Nos habian hablado de Sabioncella á causa de los notables trajes de las mujeres. El lugar en sí no se compone mas que de una sola hilera de casas esparcidas á lo largo de la playa y rodeadas de exuberantes jardines sombreados por platanares. Las casas pertenecen á ricos dueños de buques, quienes despues de haber viajado la mayor parte de su juventud, se radican en la vejez en su hogar doméstico, cargados de tesoros y de experiencia.

Entramos á la casa del "Podesta." Esta persona habia sido tambien capitán de marina, y sus dos hermanos se hallaban en América, siguiendo la misma carrera. El objeto de nuestra visita era el ver uno de los trajes llevados por las mujeres por muchos siglos. Nos ofrecieron unos asientos en un cuarto de recibimiento muy aseado y decente, el cual me traía á la memoria patentemente las novelas de Marryat. Las paredes estaban adornadas con grabados de sencillos marcos, mapas y cartas de navegar, que aumentaban su aspecto bonito y alegre. Los muebles eran de una madera clara y de bejuco: probablemente habian pertenecido en tiempos pasados al camarote de algun buque.

El suelo estaba tan bien fregado, como lo podia estar la cubierta de un buque de guerra; y por

una vidriera que se habria de un balcon, se veia una vista del mar. ¡Con qué frecuencia la esposa ha de haber estado espianado aquí el regreso del marinero esposol. Aun todavía ahora, la mayor diversion del viejo capitán es el observar con su telescopio las idas y venidas de los buques.

No tuvimos mucho tiempo que esperar antes de que se nos presentase la bonita hija del Podesta, vestida con ese traje peculiar. En la cabeza llevaba un sombrero de hombre, hecho de paja, de cuya angosta ala colgaban muchos listones anchos de diversos colores, y arreglados en tal disposicion, que casi cubrian todo el sombrero. En un lado de este, habia colocadas cinco ó seis grandes plumas de avestruz, mientras que unos listones color de guinda le colgaban por las orejas, recogidos por graciosos lazos. Dos rizes, negros como el azabache, formaban un hermoso contraste con el cutis blanco y deslumbrador de su delicado rostro. Agujas de oro estaban prendidas en varias partes de su rico traje al estilo de las Romanas, y varias cadenas del mismo metal, ceñian su alabastrina garganta. Tenia una chaqueta color de castaña, y un pequeño pañuelo de los mas brillantes colores. Su corpiño, igualmente, era de diversos colores, y estaba adornado con cadenas y monedas de oro. Su ena-

gua era de listas encarnadas, amarillas y azules. Sus diminutos piés calzaban unos bonitos botines afansados con unos meñes de cinta. El conjunto era una mezcla del mas brillante colorido. A no haber sido por la primorosa casita, á este traje podia llamársele hermoso. El mismo estilo de traje usan tambien las viudas, solo que es todo negro.

El Conde C., queriendo hacerse en extremo agradable, trató de hablarle á la preciosa y modesta niña; pero, desgraciadamente, no comprendia ninguno de los idiomas que hablábamos. En medio de la lluvia, regresamos á nuestro palacio flotante, y embromamos á aquellos de nuestros compañeros que cobardemente se habian quedado atras, con la descripcion de la vision hermosa que habiamos visto en la casa del "Podesta."